

Preferentes

Miguel Ángel Jiménez Aguilar

A todos los damnificados, muy especialmente

Uno cree las cosas porque ha sido
acondicionado para creerlas.

Aldous Huxley, *Un mundo feliz*

Ya no estamos en la era de la información.
Estamos en la era de la gestión de la
información.

Chris Hardwick

Si puedes controlar la información, puedes
controlar a la gente.

Tom Clancy

Con la venia

Escena I

Un único espacio entre despacho y estrado. Félix, hombre que ronda los 50 años, y Carmen, mujer que ha superado los 70, se dirigen al jurado.

FÉLIX.- Estafa: Delito consistente en provocar un perjuicio patrimonial a alguien mediante engaño y con ánimo de lucro. Pero también: Cosa que el ladrón da al rufián. Ladrón: Que hurta o roba. Rufián: Hombre sin honor, perverso, despreciable. Dar: Entregar, donar, ofrecer, aplicar, conceder, recibir (recibir), declarar, producir, comunicar (comunicar)... Son tantas las connotaciones del verbo dar y tan poco precisa la acción del enunciado, cosa que el ladrón da al rufián, que no veo delito alguno. Delito: Culpa, quebrantamiento de la ley. Acción o cosa reprobable. Acción u omisión voluntaria o imprudente penada por la ley. Y dar no es un delito. Tampoco vender es engañar cuando el comprador tiene la información a su alcance. Ni siquiera cuando hay ocultamiento. Porque la verdad es siempre relativa. Y las palabras, interpretables lo mismo que la ley.

CARMEN.- Te tienen preparada una silla demasiado cómoda. El reloj queda a tu espalda. La palmera tiene que ser artificial para que sea verde. Una gran mesa y una pantalla vuelta al director. Este, bien vestido, aseado, relajado. Me fijé en las palmas de sus manos. Parecían limpias. Ni una mancha de sudor en la camisa, el aire acondicionado cumplía bien su trabajo. Las paredes, relucientes, como recién pintadas. Aunque no la ves, sabes que la puerta está cerrada, asumes que nadie os va a oír. Algún detalle familiar sobre la mesa, una fotografía creo y unas llaves. Hay confianza. La puerta está cerrada, señal de confianza. Ya solo quedáis el hombre, bien visto casi un muchacho, y tú. Yo, que nunca parí un varón, les aseguro que no tuve ninguna culpa: Cuando al fin arqueó los ojos y me sonrió, no pude evitar llamarlo hijo mío.

FÉLIX.- Estafa: Delito consistente en provocar un perjuicio patrimonial a alguien mediante engaño y con ánimo de lucro. Y, sin embargo, prefiero la rémora de la primera (la primera) acepción: Acción y efecto de estafar. ¿Y qué cosa se estafa? Queda sin una definición. Solo que es algo que el ladrón da al rufián. En masculino rufián. Hombre sin honor, perverso, despreciable. Hombre. *Pausa.* Intento siempre que mis clientes se sientan como en casa. Cómodos, tranquilos y seguros de que están en buenas manos. Que son preferentes para mí. Nadie que me haya confiado un negocio ha perdido jamás mi confianza. Y eso que lo primero no es el inversor, sino su dinero. Pero somos personas, no ladrones ni rufianes. Por si acaso, suelo dejar las llaves sobre la mesa. Sé que a ellos les relaja. A mí, en cambio, me recuerda que lo importante no es a quienes pertenezcan, sino quienes las manejan.

CARMEN.- Me arreglé lo mejor que pude, como cada semana. Elegí un traje que no llamara en exceso la atención. Me peiné yo sola, no sin dificultad. Procuré que el maquillaje me devolviera la juventud. Quería que el perfume también disimulara mi edad. Un collar y unos pendientes a juego. Por lo demás, la muleta a un lado y al otro un bolso ligeramente abierto.

FÉLIX.- Perdona, Carmen, pero llevas abierto el bolso.

CARMEN.- ¡Oh, lo siento, me descuidé! Fue lo único que se me ocurrió: una disculpa innecesaria y un comentario obvio. Lo volví a mirar a los ojos y él me volvió a corresponder como un hijo. Pensé en la clase de suerte que habría tenido de haber dado a luz a un director. Una suerte, si no fuera porque él me estafó.

FÉLIX.- Converso a diario con decenas de clientes. Unos con prisas, otros enfermos de soledad. Los hay que no saben nada y quienes creen saber lo que ignoran. Pero todos tienen algo en común: la divisa. A mí, señora, no me gusta acusar a nadie. Prefiero guardar y cumplir lo que manda la ley. Porque mi código, les recuerdo, señorías, está

basado en las buenas prácticas. A *Carmen*. Yo que usted, por si acaso, leería el código penal, el mejor libro de ficción. Debería saberlo, pensé. También me callé que no se puede hablar conmigo sin tener en cuenta algo tan básico.

CARMEN.- Nunca he leído esa obra, pero creí que él le tendría respeto. Y que me la resumiría si llegaba el caso. Sin embargo, lo que hizo fue ofrecerme su particular versión. Ese día, como no sé cuántas veces antes y después. Tomé en serio sus palabras. Tenían coherencia. Todo eran ventajas y beneficios para el ahorrador. Una ocasión, una ganga, un chollo me dijo. Nada de lo que oía de su boca me perjudicaba, en absoluto. Ni existía el más mínimo riesgo, añadió. Lo contrario lo recordaría seguro. Yo qué iba a saber ni a adivinar. Solo tenía para mí caras de entusiasmo y de alegría. Y un humor, entiendo hoy, más propio de una celebración.

FÉLIX.- Cogiste enseguida el bolígrafo. No estabas en condiciones de firmar ningún papel. No eres la única ancianita despistada que ha venido a verme con ansias de inversión.

CARMEN.- Yo no insistí, tan solo le pregunté de qué me estaba hablando, se lo puedo asegurar, señorías.

FÉLIX.- No seas tonta, Carmen. Dejarlo para otro día podría significar que igual para entonces no sean ya las mismas condiciones.

CARMEN.- ¿Se dan cuenta? No seas tonta. No podía haber hecho ningún otro comentario. Y las mismas condiciones.

FÉLIX.- Esas frases son rutinarias para mí. Si no estabas preparada para entenderlo, ¿por qué viniste a verme? La soledad no es ningún arma; ni el dinero, munición para gente inexperta como tú.

CARMEN.- Fui a tu oficina tan solo para consultar el saldo. Como cada lunes. Y por entonces no estaba tan sola. Te creí. Te hice caso. No me puedes acusar de otra cosa.

FÉLIX.- También nosotros nos lo creímos. *Como ella antes.* Se lo puedo asegurar, señorías. Lo de ella fue aún peor. Me amenazó con una... *Ante un duro gesto de Carmen, reacciona y rectifica.* Ella también me mintió. Me dijo que llevaba el bolso abierto por su mala cabeza. Pero las malas cabezas no recuerdan a qué han ido cuando entran en un despacho.

CARMEN.- Ahora lo recuerdo: Lo que tú practicas se llama robo.

FÉLIX.- Robo: Acción y efecto de robar. Robar: Quitar o tomar para sí con violencia o con fuerza lo ajeno. ¿Han visto ustedes acaso algo de eso? ¿Violencia o fuerza?

CARMEN.- Una pensión insuficiente: eso es lo único que me ha quedado por tu culpa. Préstame algo al menos para pagarme el entierro.

FÉLIX.- *Completando la última frase de Carmen.* ...Me soltó. No entiendo por qué la gente no se paga su propio entierro al nacer. Te dije que llevabas el bolso abierto. No se engaña a un cliente con la verdad.

CARMEN.- Para ti un bolso de mujer es un motivo de salvación.

FÉLIX.- ¿Y qué? Me enseñaron desde muy joven a no ahogarme en mi propia saliva. Y mucho menos a pringarme con las babas de los demás. No diré más, señorías. Tengo derecho a guardar silencio.

CARMEN.- El mismo silencio de todo este tiempo. Solo que entonces sí que te lo tomaste sin tener el más mínimo derecho.

Silencio. Oscuro. Luego, persistentes timbres de teléfono inalámbrico.